

AGENDA CIUDADANA

Corrupción, Humillación y Política

Lorenzo Meyer

Las Varias Naturalezas de lo Político.- Aunque normalmente no lo parezca, la política tiene la posibilidad de llegar a ser algo más que un mero asunto de quién consigue qué, como, y cuando. En sus momentos cumbre --que desafortunadamente no son muchos--, la política es, sobre todo, asunto de valores. Y uno de esos valores --justamente aquel al que Maquiavelo no le dio mayor importancia-- es el de la dignidad; la del individuo y la del conjunto social. Obviamente que en su práctica cotidiana, sobre todo en nuestro país, el juego del poder, es básicamente uno de indignidades. Sin embargo, conviene recordar que no siempre tiene que ser así, pues la naturaleza de la política puede variar y elevarse.

En un artículo aparecido en el **New York Review of Books** del 21 de diciembre de 1995, Ian Buruma, al analizar las razones de aquellos que se enfrentaron en China al régimen totalitario en nombre de la democracia en 1989, las resume así: "La dictadura, como la ocupación extranjera, es, en primer lugar, una humillación...", (p.9). Esa humillación no es otra cosa que una sensación de caída o derrumbe del orgullo, de pérdida del respeto a uno mismo, de ausencia de la dignidad. Así, el tener que vivir bajo un sistema político dictatorial en una época donde lo legítimo es precisamente lo opuesto, es experimentar en mayor o menor grado el dolor de una herida permanente en la autoestima.

La explicación completa de la gran protesta que tuvo lugar en China hace casi siete años y que concluyó en una masacre es

muy compleja, entre otras cosas, porque fueron muchos los actores que intervinieron en el drama. Sin embargo, no es injusto resumir la explicación sobre su origen y la intensidad de la participación de los jóvenes estudiantes, en el sentimiento generalizado de humillación que produce el saber que el sistema bajo el cual se desarrolla la vida colectiva --individual, familiar, de grupo y nacional--, es uno en que el individuo común y corriente no tiene arte ni parte, que es un mero objeto, pues las decisiones importantes las toma por sí y ante sí un puñado de individuos sin que existan los mecanismos para que la mayoría participe en su elección ni para que se les llame a cuentas por sus acciones.

China y México.- Evidentemente el despotismo chino al que se refería el artículo citado es muy distinto del autoritarismo mexicano, sin embargo, ambos sistemas tienen mucho más en común entre sí que cada uno de ellos con los regímenes auténticamente democráticos y pluralistas que funcionan en diferentes partes del planeta. Para empezar, a ninguno de los dos les ha temblado la mano para reprimir violentamente y a la vista de todo el mundo y con total impunidad a opositores desarmados, como se vio en la plaza de Tienanmen lo mismo que en la de Tlateloco o más recientemente en Aguas Blancas, Guerrero.

En ambos países, los partidos que asumieron el poder tras el triunfo de sendas revoluciones, lo monopolizaron de inmediato; pese a sus obvias diferencias, tanto el PCCh como el PRI resultaron ser finalmente maquinarias burocráticas creadas para obedecer sin cuestionar la línea de acción que les impone la

superioridad, llámese esta comité central o simplemente presidencia. En los dos casos la ideología partidista terminó por ser tan pragmática que les ha permitido convivir lo mismo con una economía centralizada o protegida según el caso, que con una abierta y de mercado. Tanto en China como en México la clase política se dice heredera de una gran revolución social comprometida con la justicia social, pero hace tiempo que en los dos países esta en marcha un proceso económico que favorece la distribución inequitativa y la polarización social. Es verdad que a cierto tipo de corruptos la justicia china les castiga con una bala en la nuca y eso no ocurre en México, pero finalmente en ambos países la corrupción del aparato burocrático es un problema estructural y sin solución inmediata por el hecho simple pero contundente de que no hay un mecanismo para que la sociedad pueda vigilar la acciones de los supuestos servidores públicos. La forma de vida cotidiana de las élites políticas de China y México es tan diferente y apartada de la que lleva el ciudadano común en cualquiera de los dos países, que bien se les puede considerar como un grupo aparte, sujeto a reglas que ellos elaboran y que sólo ellos pueden aplicar. Es en estas similitudes y en otras más, que se encuentra el origen del sentimiento de humillación que en amplios grupos de la población de ambos países produce la forma de ejercer el poder. Como bien apunta Ian Buruma, se trata de un poder cuya naturaleza tiene puntos en común con el que se ejerce en el caso de una ocupación extranjera.

¿México Dictadura?.- Se puede argumenta que, pese a todo lo hasta aquí expuesto, en México no se vive en una dictadura, entre

otras cosas porque ahora la oposición --en particular la de derecha-- ha ganado gobernaturas y alcaldías y en conjunto los partidos opositores gobiernan la vida local de 29 millones de mexicanos. Sin embargo, nadie que conozca medianamente el mecanismo real del poder en México puede afirmar con honestidad que éste ya experimentó su transformación de autoritario a democrático. En México, los centros neurálgicos del poder institucional aún se rigen por mecanismos que, en esencia, se mantienen fieles al espíritu y la práctica antidemocrática que les dio origen hace más de medio siglo.

Si pese a todo hay objeción a definir al México de hoy como dictadura, se pueden buscar sinónimos: democracia peculiar, sistema de partido hegemónico, dominante o casi único, autoritarismo incluyente, etcétera, pero en cualquier caso aún no se le puede definir aún como una democracia sin adjetivos y por tanto, el sentimiento de indignidad de quienes viven a su sombra es inevitable.

La Humillación Institucionalizada.- Mientras no se de en México el tránsito del autoritarismo a la democracia, mientras subsista el PRI como partido de Estado, mientras las elecciones no se desarrollen limpiamente y en un plano de equidad, mientras la presidencia continúe siendo la institución a la que nadie puede pedir cuentas, y cuya impunidad persiste incluso cuando el personaje que la ocupó ya dejó el puesto; mientras todo eso y más persista, los mexicanos en su conjunto no podremos considerarnos ciudadanos libres y si, en cambio, seguiremos compartiendo con todos aquellos que han vivido o viven en dictaduras, el

sentimiento de ser gobernados por una fuerza externa, por un poder impuesto sobre el que no se tiene control y ante el cual se está indefenso.

La idea de la humillación no es mera conjetura; existen indicadores objetivos muy claros al respecto. Uno de los más recientes es precisamente la encuesta internacional de Gallup sobre la visión que los ciudadanos de 16 países tienen sobre el sistema político bajo el cual vivían (La Jornada, 11 de diciembre, 1995). De acuerdo con los resultados, únicamente el 16.7% de los mexicanos encuestados expresaron un sentimiento de satisfacción con su sistema político; en realidad sólo los húngaros tenían una opinión peor de su sistema político y no por gran diferencia. No es arbitrario suponer que ese sentido de insatisfacción que se refleja en la encuesta tiene mucho que ver no sólo con la crisis económica y los problemas materiales que la mayoría de los mexicanos están experimentando en la coyuntura actual, sino con la conciencia de la humillación. Igualmente, la indignación colectiva con Carlos Salinas que hoy recorre toda la geografía y toda la estructura social del país, tiene su explicación no sólo en el fracaso de la política económica sino en algo más profundo: en la sensación de impotencia frente al engaño, la prepotencia y arbitrariedad del poder, la corrupción sin castigo, que son algunas de las características del salinismo, y otras tantas maneras afectar la dignidad del ciudadano.

Las Modalidades.- En efecto, es profundamente corrosivo de la dignidad individual y colectiva, comprobar una y otra vez como

la élite política mexicana puede hacer un uso patrimonial del poder sin tener que rendir cuentas a nadie excepto a si misma. Las excepciones --producto de conflictos al interior del grupo gobernante-- son apenas un puñado y únicamente sirven para confirmar la regla. Esas excepciones son lo mismo la prisión de Alfredo Díaz Camarena, Félix Barra, Fausto Cantú, Arturo Durazo, Jorge Díaz Serrano, José Antonio Zorrilla Pérez, Joaquín Hernández Galicia, que la última, la más espectacular, la de Raúl Salinas de Gortari.

En una sociedad empobrecida, con un futuro incierto, avergonzada de si misma por haber creído que ya había llegado al selecto club de los países del primer mundo cuando Carlos Salinas logró el ingreso de México a la Organización para la Cooperación y Desarrollo Económico (OCDE), las cifras de la corrupción que se han publicado en estos días --los 120 millones de dólares que se le han encontrado a Raúl Salinas de Gortari en cuentas en el extranjero-- son dardos que lastiman su autoestima. Lo mismo sucede cuando se le informan de los bonos millonarios con que Mario Ruiz Massieu justificó ante los jueces norteamericanos sus cuentas en Texas, que cuando sale a la luz pública que un regente tan poco efectivo como Oscar Espinoza, y en medio de una crisis sin paralelo desde la época de la Gran Depresión, se autoadjudica sin rubor un bono de fin de año de 700 mil pesos y además reparte cantidades igualmente insultantes entre su grupo: los delegados y subdelegados que gobiernan una ciudad a la que desde los años veinte se le negó el autogobierno. Al México humillado corresponde otro, muy pequeño: el que humilla, su clase política.

El primero abarca a la enorme mayoría, la que debe de trabajar duro para sostener una existencia mediocre o francamente mala; la que debe de pagar impuestos por servicios de segunda o inexistentes o pagarle al líder para que le permite usar un espacio en la banqueta para que pueda vender su mercancía, la que hace colas, la que debe luchar contra los bancos que le cobran intereses imposibles de pagar, la que debe cuidar sus pasos por la calle para no ser asaltada, el que tuvo que pasar lista en los mítines del partido oficial, etcétera. En contraste, esta el otro México, el de los pocos que le dan un uso patrimonial al poder y ofenden con su impunidad y arrogancia. Es el México de quienes deciden cual será el salario mínimo teniendo la seguridad de que ni ellos ni los suyos tendrán nunca que enfrentar a la vida con tan pobre instrumento. Es el México que toma las decisiones cuyo costo no tendrá que pagar, porque su poder le permite ser siempre la excepción a la regla.

En fin, que una de las razones para luchar por hacer de la política un asunto de principios, es la posibilidad de recobrar el orgullo colectivo y lograr la dignidad de una vida cívica donde el poder no sea impune y tenga que dar cuenta de sus actos.